

pía su labor para mirarla por encima de unos enormes anteojos que llevaba puestos.

—¿Qué quieres comprar? — preguntó la oveja.

—No sé — contestóle Alicia muy amable —. Antes me gustaría, si es que puedo, dar un vistazo alrededor.

—Puedes mirar lo que tienes enfrente y lo que hay a ambos lados, si gustas — repuso la oveja —, pero lo que se llama alrededor, no puedes..., a menos que tengas ojos en el cogote.

Pero como no los tenía, se conformó Alicia con volverse, y examinó todos los estantes.

La tienda estaba llena de toda clase de objetos curiosos, pero lo más raro era que, dondequiera que mirara, el estante observado estaba siempre vacío, y los demás abarrotados de chucherías.

—¿Siempre corren de este modo las cosas aquí? — preguntó al fin la niña con voz quejumbrosa, luego de perseguir en vano algo que brillaba y que unas veces era una muñeca, otras convertíase en un costurero, pero que siempre trasladábase al estante de más arriba —. Y ésta es la más odiosa de todas... pero te diré que... — agregó de pronto asaltándole la mente una repentina idea —. ¡Lo voy a perseguir hasta el último rincón. Supongo que no se irá por el techo.

Pero supuso mal. La «cosa» se corrió hasta el techo sin ningún ruido ni ceremonia, como si estuviese ya acostumbrada a esa clase de paseos.

—¿Eres una chica o una peonza? — preguntóle la oveja agarrando otro par de agujas —. Me vas a aturdir si sigues rodando de ese modo.

La oveja tejía ahora con quince pares de agujas a la vez, y Alicia no pudo disimular su sorpresa al darse cuenta de tal novedad.

—¿Cómo puedes trabajar con tantas agujas? — le

preguntó la niña atónita —. Tú espín, con tantas púas.

—¿Sabes remar? — preguntó la oveja —. Te entregó un par de agujas sin darme nada.

—Un poco — dijo Alicia —, pero no tengo agujas...

No pudo terminar la frase. La tienda se deslizaba en un par de remos, la tienda se deslizaba por un río, y no tuvo tiempo de lo que pudo.

—¡Vuela! — gritó la oveja —. ¡Vuela! —

agujas. Esto no lo tomó Alicia como molestarse en contestarle, según costumbre.

—Algo muy raro pasa con el agua en ella los remos, lo cual hacía que trabajar mucha dificultad al remar.

—¡Vuela! ¡¡Vuela!! — repetía la oveja —. ¡Vuela! —. En seguida te daré más agujas —. En seguida te daré un cangrejo.

—¡Un cangrejo! — pensaba Alicia —. ¡Uno chiquito, me gustaría!

—¿No oyes lo que te digo?, ¡vuela! — con enojo; tenía un nuevo puñal en la mano.

—¡Claro que lo oigo! Lo has dicho muchas veces y bastante fuerte... Por favor. ¡Vuela! —. Por favor. ¡Vuela! —.

—¡Dónde van a estar! ¡En el agua! —. ¡Claro que lo oigo! Lo has dicho muchas veces y bastante fuerte... Por favor. ¡Vuela! —. Por favor. ¡Vuela! —.

—¿Por qué me dices «vuela»? —. ¿Por qué me dices «vuela»? —. ¿Por qué me dices «vuela»? —.

—Claro que lo eres. Eres un pájaro. Esto ofendió un tanto a Alicia.